

NATHANIEL HAWTHORNE

HISTORIAS BREVES



HISTORIAS BREVES

Nathaniel Hawthorne

Historias breves

(selección)

EDICIONES DEL SUR



Ilustración de la tapa: collage con caricatura del autor y portada de «The complete short stories of Nathaniel Hawthorne», Doubleday.

Publicado por Ediciones del Sur. Córdoba. Argentina.
Septiembre de 2005.

Distribución gratuita.

Visítenos y disfrute de más libros gratuitos en:
<http://www.edicionesdelsur.com>

ÍNDICE

El artífice de la belleza	6
El entierro de Roger Malvin	40
El joven Goodman Brown	67
Ethan Brand	87
La ambición del forastero	109
La hija de Rapaccini	123
Wakefield	162

EL ARTÍFICE DE LA BELLEZA



UN ANCIANO que, con su bonita hija colgada del brazo, pasaba por la calle, emergió de la penumbra de la noche nubosa penetrando en la luz que proyectaba la vidriera de una pequeña tienda sobre el pavimento. Era una especie de ventana salediza, y en su interior estaban suspendidos una gran variedad de relojes de pared, algunos de similar, otros de plata, y uno o dos de oro, con sus esferas vueltas en dirección contraria a la calle, como negándose con grosería a informar a los transeúntes qué hora era. Dentro del negocio estaba sentado un joven, frente al escaparate, con su pálida tez inclinada atentamente sobre una delicada pieza mecánica sobre la cual se proyectaba el concentrado fulgor de una lámpara con pantalla.

—¿Qué puede estar haciendo Owen Warland? —murmuró el viejo Peter Hovenden, relojero retirado y antiguo maestro de ese mismo joven sobre cuya ocupación se estaba interrogando—. ¿Qué puede estar haciendo este muchacho? Durante los últimos seis meses nunca pasé

por su negocio sin verlo trabajar tan afanosamente como ahora. Debe tratarse de algo distinto a sus habituales tonterías en busca del movimiento perpetuo. Y aún sé lo suficiente de mi antiguo oficio como para estar seguro de que lo que tanto lo ocupa en este momento no es una parte del mecanismo de un reloj.

—Quizá, padre —dijo Annie, sin demostrar mucho interés en el asunto—, Owen esté inventando un nuevo tipo de cronómetro. Creo que no le falta ingenio para ello.

—¡Bah, criatura! Carece del tipo de ingenio necesario para inventar algo mejor que un juguete holandés —respondió el padre, quien ya antes había recibido no pocos disgustos por el talento desordenado de Owen Warland—. ¡Maldito sea su ingenio! Su único efecto fue entorpecer la precisión de algunos de los mejores relojes de mi negocio. Si su ingenio pudiera construir algo mayor que un juguete, tal como te dije, ino sería raro que intentara sacar el sol de su órbita y trastornar el curso del tiempo!

—¡Shhh, padre! que puede oírte —susurró Annie, apretando el brazo del viejo—. Sus oídos son tan delicados como sus sentimientos, y tú sabes con qué facilidad se alteran éstos. Sigamos caminando.

Así fue que Peter Hovenden y su hija Annie siguieron su camino sin volver a hablar, hasta que en un callejón lateral de la ciudad se encontraron frente a la puerta abierta de una herrería. Adentro se veía la forja, ora llameante e iluminando el alto y oscuro cielorrasso, ora confinando su fulgor a una angosta franja del piso sembrado de carbón, según el fuelle exhalara su aliento sobre las brasas o volviera a aspirarlo dentro de sus vastos pulmones de cuero. En los intervalos de luminosidad era fácil distinguir objetos en los rincones remotos del taller y herradu-

ras colgadas de la pared; y en la fugaz penumbra el fuego parecía arder en medio de la vaguedad de un espacio abierto. En medio de los rojos destellos que se alternaban con la oscuridad se movía la figura del herrero, digna de ser contemplada en el contraste pintoresco de luz y sombra, donde el resplandor pugnaba con la noche, como si se estuvieran arrebatando mutuamente su gentil vigor. En eso el hombre extrajo de las brasas una barra de hierro al rojo blanco, la depositó sobre el yunque, levantó su poderoso brazo y pronto quedó envuelto en las miríadas de chispas que los golpes de su martillo esparcían en la penumbra circundante.

—Este sí que es un espectáculo agradable —dijo el viejo relojero—. Sé lo que significa trabajar con el oro, pero denme una maza y me quedaré con el hierro. El herrero aplica su trabajo sobre algo real. ¿Qué opinas tú, hija?

—Te suplico que no hables tan alto, padre —susurró Annie—. Robert Danforth te oirá.

—¿Y qué tiene de malo que me oiga? —preguntó Peter Hovenden—. Vuelvo a repetir que es bueno y sano depender de la fuerza bruta y la realidad, y ganarse el pan con el brazo desnudo y curtido del herrero. Al relojero se le confunde la cabeza de tanto trabajar con engranajes que se mueven dentro de otros engranajes, o pierde la salud o la agudeza de su vista, como sucedió en mi caso, y se encuentra en medio de la vida, poco más o menos, sin poder desempeñar su oficio, ni ningún otro, y para peor demasiado pobre para vivir con holgura. Así repito: denme la fuerza bruta a cambio de mi dinero. Y además, ¡cómo libra este trabajo de insensateces al hombre! ¿Alguna vez oíste decir que un herrero fuese tan tonto como Owen Warland?

—¡Bien dicho, tío Hovenden! —vociferó Robert Danforth desde la fragua, con una voz sonora, profunda y alegre que resonó en el techo—. ¿Y qué opina la señorita Annie de esa teoría? ¿Supongo que pensará que es más delicado ser un chapucero arreglador de relojes de dama que forjar una herradura o hacer una parilla?

Annie arrastró a su padre hacia adelante sin darle tiempo a contestar.

Pero es menester retornar al negocio de Owen Warland y dedicar más atención a su historia y su carácter que la que Peter Hovenden, o probablemente su hija Annie, o el antiguo discípulo de Owen, Robert Danforth, habrían creído digna de un personaje tan insignificante. Desde la época en que sus pequeños dedos pudieron sostener un cortaplumas Owen se había destacado por un sutil ingenio, que elaboraba hermosas tallas en madera reproduciendo principalmente figuras de flores y pájaros; otras veces parecía apuntar hacia los ocultos misterios de la mecánica. Pero siempre lo hacía en busca de la belleza y nunca intentaba imitar algo de uso práctico. No construía, como la mayoría de los artesanos aplicados, pequeños molinos de viento en un rincón del granero ni molinos de agua en el arroyo más cercano. Quienes descubrieron dicha particularidad en el niño, y pensaron que era digna de ser observada con detenimiento, tuvieron algunas veces motivo para suponer que intentaba imitar la maravillosa dinámica de la Naturaleza, ejemplificada en el vuelo de los pájaros o en la actividad de los animalitos. Parecía tratarse, en verdad, de un nuevo rumbo del amor a la belleza, similar al que podría haberlo convertido en poeta, pintor o escultor, y que se hallaba tan completamente despojado de toda vulgaridad utilitaria como

podía estarlo en cualquier arte. Contemplaba con singular disgusto los mecanismos rígidos y regulares de las máquinas comunes. Cuando cierta vez lo llevaron a ver una máquina de vapor, con la esperanza de que su comprensión intuitiva del principio mecánico se viera complacida, palideció y se sintió enfermo, como si le hubieran enfrentado con algo monstruoso y antinatural. Su espanto se debió en parte al tamaño y la terrible potencia del obrero mecánico; porque la naturaleza de la mente de Owen era proclive a lo microscópico, y tendía instintivamente a lo diminuto, en armonía con su figura menuda y la maravillosa pequeñez y delicadeza de sus dedos. No era que su sentido de la belleza estuviera rebajado a lo primoroso. La idea de lo bello no guarda relación con el tamaño y puede desarrollarse perfectamente tanto en un espacio reducido sólo apto para la investigación microscópica, como en el vasto ámbito en el que se mide un arco iris. Pero, de todos modos, la específica pequeñez de sus objetos y logros hacía que el mundo fuera más incapaz que en cualquier otra actividad de apreciar el genio de Owen Warland. Los parientes del joven no vieron pues nada mejor —y quizá no lo había— que emplearlo como aprendiz de un relojero, con la esperanza de que su extraño ingenio pudiera ser regulado y orientado a fines utilitarios.

Pero ya hemos dicho cuál era la opinión de Peter Hovenden sobre su aprendiz. No pudo sacar nada en limpio del muchacho. Es cierto que la velocidad con que Owen asimiló los misterios del oficio fue inconcebible, pero olvidaba o despreciaba totalmente el objeto principal de la actividad de un relojero, y le importaba tan poco la medición del tiempo que parecía estar inmerso en la eterni-

dad. Sin embargo mientras Owen permaneció bajo la vigilancia de su viejo maestro, su falta de carácter, unida a órdenes estrictas y estricta vigilancia, lograron frenar su excentricidad creadora. Pero cuando concluyó el período de aprendizaje y se hizo cargo del pequeño negocio que Peter Owen debía abandonar a causa de su mala vista, la gente descubrió qué poco eficiente era Owen Warland para guiar al viejo y ciego Padre Tiempo a lo largo de su curso cotidiano. Uno de sus proyectos más racionales consistió en conectar un dispositivo musical al mecanismo de sus relojes para que todas las estridentes disonancias de la vida se tornaran melodiosas, y cada fugaz momento cayera en los abismos del pasado como dorada gota de armonía. Si le confiaban un reloj familiar para reparar —uno de esos relojes altos, antiguos, que casi se han hecho aliados de la naturaleza humana a fuerza de mesurar la vida de muchas generaciones— se encargaba de organizar con figuras un baile o cortejo fúnebre sobre su venerable cuadrante, simbolizando las doce alegres o melancólicas horas. Varias monstruosidades de ese género destruyeron totalmente la reputación del joven relojero entre esa gente reposada y prosaica que sostiene la opinión de que no se debe jugar con el tiempo, ya lo consideren un medio de progreso y prosperidad en este mundo o una preparación para el venidero. Su clientela disminuyó rápidamente... una desventura que, desde luego, Owen Warland consideró como uno de sus mejores sucesos, pues estaba cada vez más absorto en una ocupación secreta que reclamaba toda su ciencia y destreza manual, y que lo obligaba a desplegar todas las facultades características de su genio. Esta empresa lo había absorbido durante muchos meses.

Luego que el viejo relojero y su bonita hija lo observaron desde la oscuridad de la calle, Owen Warland cayó preso de una alteración nerviosa que hizo temblar sus manos con tanta violencia que no pudo continuar la delicada labor a la que estaba entregado.

—¡Era Annie en persona! —murmuró—. Debería haberlo sabido al sentir las palpitaciones de mi corazón, aun antes de oír la voz de su padre. ¡Ah, cómo late! Difícilmente pueda volver a trabajar esta noche en este exquisito mecanismo. ¡Annie, queridísima Annie! deberías impartir firmeza a mi corazón y mi mano, y no hacerlos estremecer de este modo. Pues si me empeño en dar forma al espíritu mismo de la belleza, y en darle movimiento, lo hago sólo por ti. ¡Oh!, apacíguate corazón, sé cauto! Si mi trabajo se frustra de este modo tendré sueños vagos e insatisfechos que me dejarán sin ánimo para mañana.

Mientras se esforzaba por retomar su trabajo se abrió la puerta del negocio dando paso nada menos que a la robusta figura que Peter Hovenden se había detenido a admirar, en medio de las luces y sombras de la herrería. Robert Danforth traía consigo un pequeño yunque de su propia factura y especial diseño, que el joven artista le había recientemente encargado. Owen examinó la obra y dictaminó que estaba hecha según sus deseos.

—¡Claro, claro que sí! —dijo Robert Danforth, y su vozarrón llegó al negocio como el sonido de un contrabajo—. En mi especialidad me considero tan bueno como el mejor, aunque haría una triste figura en la tuya con un puño como éste —agregó riendo, y colocando su enorme mano junto a la muy delicada de Owen—. ¿Pero qué importa eso? Yo pongo más fuerza en un solo golpe de maza

que la que tú has gastado desde que eras aprendiz. ¿No es verdad?

—Es muy probable —respondió la voz baja y débil de Owen—. La fuerza es un monstruo terrenal. No tengo pretensiones de tenerla. Mi fuerza, cualquiera que ella sea, es totalmente espiritual.

—Bueno, Owen, ¿qué estás haciendo? —le preguntó su antiguo discípulo, y su voz volvió a tener una potencia tal que el artista se encogió, especialmente porque la pregunta se refería a un tema tan sagrado como el sueño absorbente de su imaginación—. La gente dice que tratas de lograr el movimiento perpetuo.

—¿El movimiento perpetuo? ¡Disparates! —replicó Owen Warland con un movimiento de disgusto, pues estaba lleno de petulancia—. Nunca se logrará lograrlo. Es un sueño que puede engañar a hombres cuya mente está trastornada con lo material, pero no a mí. Además, aunque fuera posible, no valdría la pena que me desvelara por él, sólo para que lo utilizaran en trabajos como los que ahora realizan el vapor y la fuerza hidráulica. No ambiciono que me honren con la paternidad de un nuevo tipo de máquina desmotadora de algodón.

—¡Eso sería verdaderamente divertido! —bramó el herrero, estallando en risas tan estruendosas que el mismo Owen, y las campanas de cristal sobre su mesa de trabajo, vibraron al unísono—. ¡No, no, Owen, ningún hijo tuyo tendrá articulaciones y coyunturas de hierro! Bueno, no quiero distraerte más. Buenas noches, Owen, y buena suerte. Y si necesitas alguna ayuda, siempre que ésta se resuelva con un buen golpe de martillo sobre el yunque, ¡estoy a tus órdenes!

Y lanzando otra carcajada el gigantón abandonó la tienda.

—¡Qué extraño! —murmuró Owen Warland para sus adentros, apoyando la cabeza sobre su mano—. Todas mis cavilaciones, mis propósitos, mi pasión por la belleza, mi conciencia del poder para crearla —un poder tan delicado, tan etéreo, que este gigante terrenal no puede siquiera imaginar— todo, itodo me parece vano y ocioso cada vez que Robert Danforth se cruza en mi camino! Si lo encontrara más seguido me volvería loco. Su fuerza recia, bruta, oscurece y confunde lo espiritual que yace dentro de mí. Pero yo también seré fuerte a mi modo. ¡No me rendiré ante él!

Sacó una diminuta pieza mecánica que estaba bajo una campana de cristal y la colocó bajo la luz concentrada de su lámpara; y observándola atentamente a través de una magnífica lupa, procedió a trabajar con un delicado instrumento de acero. Sin embargo, después de un instante, se recostó contra el respaldo de su silla y se estrujó las manos con una expresión de horror en el rostro, haciendo que sus menudas facciones se vieran tan impresionantes como podrían haberlo sido las de un gigante.

—¡Cielos! ¡Qué he hecho! —exclamó. El hálito, la influencia de esa fuerza bruta... ha aturdido y embotado mis sentidos. He dado el toque justo —el toque fatal— que temía desde el primer momento. Todo ha terminado... el trabajo de meses, el objeto de mi vida. ¡Estoy perdido!

Y allí permaneció sentado, sumido en su extraña desesperación, hasta que la llama vaciló en el portalámparas y dejó al Artífice de la Belleza sumido en las tinieblas.

Así es como las ideas se desarrollan dentro de la imaginación y, a pesar de ser tan hermosas y dotadas de un valor superior a todo lo que el hombre puede definir como valioso, corren el riesgo de quebrarse y aniquilarse por el contacto con la realidad. El requisito de todo artista ideal es poseer una fuerza de voluntad difícilmente compatible con la delicadeza. Debe conservar la fe en sí mismo mientras el mundo incrédulo lo hostiga con su absoluto escepticismo; debe erguirse contra la humanidad y ser el único discípulo de sí mismo, tanto con su genio como con los objetos hacia los que éste se dirige.

Por un tiempo Owen Warland sucumbió ante esta severa, pero inevitable prueba. Pasó unas cuantas semanas de desaliento con su cabeza apoyada tan continuamente sobre las manos que los vecinos apenas tenían la oportunidad de verle el rostro. Cuando al fin volvió a mostrarlo a la luz, un cambio frío, opaco, indefinido era perceptible en él. Sin embargo, a juicio de Peter Hovenden, y de aquellas inteligencias sagaces que piensan que la vida debe estar regulada como un mecanismo de reloj por contrapesos de plomo, la alteración fue totalmente favorable. Owen se transformó ahora, en verdad, en un empeñoso trabajador. Era sorprendente observar la apagada gravedad con que inspeccionaba los engranajes de un antiguo y enorme reloj de plata, deleitando así a su propietario, quien lo había lucido en el bolsillo de su chaleco durante tanto tiempo que lo consideraba parte de su propia vida y por ende vigilaba celosamente su cuidado. En mérito a la buena fama así adquirida, Owen Warland fue invitado por las mismas autoridades para regular el reloj del campanario de la iglesia. Tuvo tanto éxito en este trabajo de interés público que ahora los mercaderes recono-

cían entre dientes sus virtudes en la Bolsa; la enfermera susurraba sus bondades mientras servía la poción en el aposento del enfermo, el amante lo bendecía en la hora de su cita; y la ciudad en general agradecía a Owen la puntualidad con que servía el almuerzo. En otras palabras, el pesado lastre que reposaba sobre su espíritu mantenía todo en orden, no sólo dentro de su propia esfera sino en todos los lugares donde se oían los metálicos acentos del reloj de la iglesia. En esas circunstancias, un detalle minúsculo de su nuevo estado de ánimo era que cuando le pedían que grabara nombres o iniciales sobre cucharas de plata, inscribía las letras solicitadas en el estilo más llano posible, omitiendo la gran cantidad de floreos caprichosos que hasta entonces distinguían ese tipo de trabajo.

Un día, durante la época de esta feliz transformación, el viejo Peter Hovenden fue a visitar a su antiguo aprendiz.

—Bueno, Owen —dijo— me alegra oír tan buenas referencias de ti por todos lados, y especialmente las que provienen del reloj de la ciudad, el cual te elogia al dar cada una de las veinticuatro horas. Bastará que te libres por completo de tus absurdas ideas sobre la belleza, que ni yo ni ningún otro ni para colmo tú mismo pudo jamás entender... bastará que te libres de ellas y tu éxito en la vida será tan seguro como la luz del día. Vaya, si sigues por este camino, incluso es posible que me atreva a encargarte la reparación de mi viejo y querido reloj; creo que excepto mi hija Annie no tengo nada tan valioso en el mundo.

—Es difícil que me atreva a tocarlo, señor —respondió Owen con tono deprimido; la presencia de su viejo maestro lo agobiaba.

—Con el tiempo, con el tiempo serás capaz de hacerlo —dijo el anciano.

Con la confianza que le daba su pasada autoridad el viejo relojero continuó inspeccionando el trabajo que Owen tenía en ese momento entre manos, junto con otras reparaciones en marcha. El artista, en tanto, apenas podía levantar la cabeza. No había nada tan opuesto a su naturaleza como la fría, poco imaginativa sagacidad del hombre, en contacto con la cual todo lo demás se convertía en un sueño, excepto la materia más densa del mundo físico. Owen gimió interiormente y rogó fervientemente poder librarse de él.

—¿Pero qué es esto? —exclamó abruptamente Peter Hovenden, levantando una polvorienta campana de cristal debajo de la cual había un mecanismo tan delicado y minúsculo como el sistema anatómico de una mariposa—. ¿Qué tenemos aquí? ¡Owen! ¡Owen! en estas pequeñas cadenas y ruedecillas y diales hay algo de brujería. ¡Mira! Con un pellizco de mis dedos te salvaré del peligro futuro.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Owen Warland, incorporándose con admirable energía—. ¡Si no quiere volverme loco no toque eso! La más ligera presión de su dedo me destruiría para siempre.

—¡Ajá, jovencito! ¿De eso se trata? —dijo el viejo relojero, mirándole con suficiente agudeza como para torturar su alma con la corrosión de la crítica mundana—. Bueno, entonces sigue tu propio camino. Pero te prevengo una vez más que en este diminuto mecanismo reside tu espíritu maligno. ¿Puedo exorcizarlo?

—¡Usted es mi espíritu maligno —respondió Owen, muy excitado—, usted y el mundo duro y vulgar! Mis lastres son los pensamientos de plomo y desaliento que

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

